

# LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VI.

Murcia 9 de Diciembre de 1894.

Núm. 242.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Mariano Padilla, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

## La Juventud Literaria. PALIQUE.

Ahora es cuando bien podemos decir que el señor de pelacañas está haciendo de las suyas.

Mi amigo D. Torcuato de la Uva y Potrigo, está pasando la pena negra, no con su mamá política, sino con un constipado, que como dice la bella señorita I. E. S., es de padre y muy señor mío.

También los empleados de nuestra Excelentísima Diputación Provincial, sudan la gota gorda, pues se quejan, y con razón, de que en los sitios en que prestan sus servicios, si nó falta la estera falta un cristal.

Todo sea por Dios, señores, no hay más que tener paciencia, ya sabéis que al que se muere al otro día lo entierran.

Ahera sí que estamos bien, pues funcionan los dos teatros: mucha, mucha diversión, pero pocos, pocos cuartos.

Así me decía anteanoche un señor que está empleado, más supe que el tal cobraba diez y seis duros al año.

En San Martín de Provensals, Barcelona, la policía ha descubierto en la calle de Taulat, una fábrica de monedas falsas de diez céntimos.

La verdad que el mundo está malísimo de dinero, ya no falsifican duros, sino monedas de perro.

En Bruselas, ha celebrado con un banquete la Sociedad de Sordomudos, el año 30 de su fundación, y el 183 del aniversario del nacimiento del famoso abate de l'Epée.

Se pronunciaron brindis elocuentes, pero silenciosos.

Se notó durante el banquete que los sordomudos hablan en la comida mucho más que un diputado de oposición; con la derecha manejan el tenedor y la cuchara, quedándose libre la izquierda para sostener una conversación, mientras que nosotros, una vez llena la boca, no podemos hablar más que con los ojos, esto es no siendo vizcos, tuertos ó miopes.

En el siglo XIX, según «La Correspondencia», habla le mismo el que es mudo que el que tiene mucha lengua.

—¡Ya han llegado, ya han llegado! anteaer me dijo Alfonsa, las peladillas de Alcoy, y el turrón, que es de Jijona.

Ese turrón es muy rico, exclamó dicha señora, pues recuerdo lo comí há seis años en Zamora.

—¿En Zamora?

—Si señor, con mi marido en la fonda. —¿Y aún le queda á usted el sabor de aquel turrón en la boca?

—Si señor, pues me comí unas cuatro ó cinco arrobas.

—¿Cinco arrobas? ¡caracoles! ¿De dónde es usted, Alfonsa?

—¡De Sevilla!

—Entonces ya... me tranquilizo, señora.

Las otras noche sostuvimos una polémica varios amigos en una de las mesas del café Oriental.

Unos decían que la mujer quiere mucho más que el hombre, y los otros afirmaban lo contrario.

Yo, di mi pobre opinión respecto á este asunto. Dije, que el hombre, cuando ama, su amor es más verdadero que el de la mujer.

La mujer, por regla general, es egoísta, es una usurera de sí misma, que sacrifica su amor por la vanidad y por el lujo.

Una mujer vá á casarse con uno que desgraciadamente no puede ofrecerle ni joyas ni ricos trajes de terciopelo; en esto, es solicitada por un hombre de posición, que le ofrece todo lo que el otro no pudo darle, y por el propietario abandona al que, días antes, le juró un eterno amor.

Esto que he expuesto le estamos viendo casi todos los días. Un hombre, por muy miserable que sea, no es capaz de abandonar á la mujer que adora, por otra que ocupe una posición envidiable.

La mujer, ya lo han dicho varios filósofos, es el sér más voluble y vanidoso de la creación.

Yo estoy dispuesto á defender el derecho que nos asiste, y pues que mi amigo D. Manuel Fernández Ródenas, tanto las defiende, le ofrezco las columnas de LA JUVENTUD LITERARIA, para que me combata, alegrándome muy mucho, salir vencido en la discusión.

El corazón de la mujer es muy hermoso, pere nunca se nivelará al del hombre.

Tenga en cuenta, amigo Manuel, lo que dice Mr. Lavó, en su libro titulado «La mujer y el hombre».

En el capítulo primero, página 3.ª dice: «El que comparase á una mujer con un hombre, está loco».

Y no sigo copiando más de dicho libro, porque sinó le ponía en grave apuro.

A defenderlas, Sr. Ródenas; ya veremos cual de los dos es el vencido.

Esto no quita para que nosotros seamos unos buenos amigos, que luchan en el palenque periodístico en defensa de sus ideas.

Ramón Blanco.

## MI SUEÑO

Por hacer unas quintillas, la noche pasé escribiendo, mas no pude conseguir dar forma á mi pensamiento.

Cerca ya del nuevo día y rendido por el sueño, sin desnudarme siquiera me tendí sobre mi lecho.

A poco empecé á soñar, mas no con tranquilo sueño, pues multitud de fantasmas cruzaban por mi cerebro.

Soñé que varios salvajes me cogían prisionero y que cuerdas me ponían en las manos y en el cuello.

Soñé que en una caverna me tendían en el suelo, y que solo me dejaban rendido de angustia y miedo.

Cerca del amanecer ví aproximarse un espectro que háoia mi se dirigía blandiendo puñal siniestro.

De horrible y torva mirada, muy largo y fono el cabello y de sus ojos de tigre salían olas de fuego.

Ante tan fiero fantasma sobresaltado despierto, encontrando... á mi patrona que me traía el almuerzo.

Ramón Pellico Ramos.

Madrid, Diciembre 94.

## LA MUJER

I.

El corazón de la mujer, se ha dicho y repetido hasta la saciedad, es un abismo insondable.

Nada más falso y fuera de razón.

Todo consiste en la clase de sonda empleada y en la mano experta de quien lo sondea.

La mujer no es, como se ha creído, un sér aparte de los demás seres.

En esto ha consistido siempre el error.

El egoísmo del hombre se ha empeñado en ver en ella un ser sobrenatural creado para satisfacer los más locos y sobrehumanos ensueños de su fantasía, y la ha desposeído de todo sentimiento mundano, de toda pasión mezquina, de todo deseo natural.

Cree que la mujer perfecta ha de amar á un hombre y cerrar los ojos y el corazón á todos los demás, aunque se haya equivocado en la elección; que ha de ser casta hasta con el pensamiento como si no estuviera revestida de carne pecadora; que ha de ser insensible á todo cuanto no sea el hombre que la posee; que ha de ser una especie de escultura que solo se anime, piense y sienta á presencia de su señor.

¿Cabe nada más ridículo ni más extravagante?

Claro que aquellos que buscan una mujer así jamás la encuentran, porque no existe, porque no puede existir.

De aquí los reproches con que la censuran, y los duros calificativos con que la calumnian.

El hombre que se proponga tener algún partido con las mujeres ha de procurar, ante todo, adquirir un verdadero y exacto conocimiento de su naturaleza y de su modo de ser, libre de preocupaciones vulgares y de lugares comunes.

La palabra mujer no encierra más significado que una distinción física.

La distinción del sexo.

En lo demás deliran los que quieren diferenciarla del hombre.

Hay que advertir, sin embargo, que la mujer que nosotros tratamos y conocemos no es la mujer que es, sino la mujer que aparenta ser.

Quiere esto decir que, en la mujer, todo es fingimiento.

Pero ni este fingimiento es natural en ella.

Es el fingimiento á que la obligamos nosotros mismos con nuestras absurdas exigencias y nuestros deseos imposibles.

La mujer, sér más débil por naturaleza, por naturaleza sometida al hombre y, lo mismo en las sociedades civilizadas que en las sociedades incultas, siempre esclava, por más que nosotros pretendamos disfrazar esta esclavitud, no tiene otro remedio que halagar los instintos del hombre que ha de ser su señor, para conquistar su benevolencia y hacer más llevadero el yugo de su tiranía.

¿Cómo conseguir esto?

Dándole aquello que el tirano pide.

¿Y qué pide el tirano?

Imposibles que no caben dentro de naturaleza humana.